

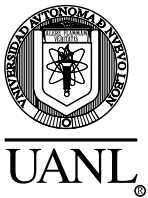
CLAUDINA DOMINGO  
Dominio

narrativasextopiso





**Dominio**  
CLAUDINA DOMINGO



Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © CLAUDINA DOMINGO, 2023

Primera edición: 2023

Imagen de portada

© GUADALUPE BELMONTES STRINGEL

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2023

América 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madraza, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Copyright © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Dirección de Editorial Universitaria

Casa Universitaria del Libro

Padre Mier 909 Pte. Centro

64000, Monterrey, Nuevo León, México

[editorialuniversitaria.uanl.mx](http://editorialuniversitaria.uanl.mx)

Corrección

GABRIELA LARA

Formación

REBECA MARTÍNEZ

ISBN: 978-607-8895-12-0

Impreso en México

La calle no para de moverse, y es imposible que no te guste el movimiento. Tienes que encontrar la composición del ritmo, escribir la historia a partir del movimiento, comprender y no lamentar que el poder del impulso narrativo sea frágil, aunque infinito. ¿La civilización se está fracturando? ¿La ciudad está enloquecida? ¿El siglo es surrealista? Muévete más de prisa. Encuentra el hilo argumental más rápido.

VIVIAN GORNICK,  
*La mujer singular y la ciudad*

Y todavía,  
aun ahora,  
al cabo del cometa en que he ganado  
mi bacilo feliz y doctoral,  
he aquí que caliente, oyente, tierra, sol y luna,  
incógnito atravieso el cementerio,  
tomo a la izquierda, hiendo  
la yerba con un par de endecasílabos,  
años de tumba, litros de infinito,  
tinta, pluma, ladrillos y perdones.

CÉSAR VALLEJO,  
«Quedeme a calentar la tinta en que me ahogo»



## PRIMERA PARTE





## CAPÍTULO 1

Las horas me observan. Son estrellas que salieron despedidas de un cielo de cenizas. Aunque en realidad no son las horas sino dos ojos claros y unos labios que se mueven tras un cubrebocas. Luego parpadean. O parpadeo yo. Tengo sed. Ahora recuerdo: en la clínica insistían en que no tomara agua. Y de eso hace varias horas. ¡Y cómo pesaba el suéter! Como cien años de carbón. Dunas y dunas de canicas. Yo me sostengo de una cuerda muy fina para que no me caigan encima. Pero, ¿por qué la cuerda está abajo? Quiero un Gatorade de naranja. ¡Quiero un Gatorade de naranja!, repito por el interfón del edificio. O más bien en el coche, parece que vengo adormilada. Los ojos me miran y la boca cubierta dice algo del hospital. No me debo asustar por la sirena; está encendida «para abrirnos paso». ¡Quiero un Gatorade de naranja, tengo mucha sed! Aunque no lo dije en voz alta, los ojos claros me dicen que no debo tomar líquidos. (Parece que me leen la mente o hacemos telepatía). ¿Quién se mueve debajo mío? Varios pájaros, pero no me dormí en un árbol. O más bien era un tope y los pájaros cantaron fuera. ¿Vamos por el bosque? «¿Por qué quieres un Gatorade de naranja?». «¿Tienes?». «No, no debes beber líquidos». «Tengo sueño; si no me das Gatorade, dormiré». «¡No, no, no! ¡No te duermas, Claudina! No debes dormir». Pero qué monserga con este sujeto. De qué sirve que venga despierta. Quiero preguntar, pero la verdad, ya casi no tengo eso que una usa una especie de machetito o más bien son como manivelas una las gira y de ahí salen palabras las palabras luego se acomodan en una nube (casi siempre encuentran la forma correcta) y caen líquidas y anaranjadas y una se

desliza con ellas hacia afuera por una manguera. «Cuéntame algo, Claudina, ¿sobre qué escribes?».

Diosanto, ¿una no puede echarse un coyotito ni en una ambulancia en esta ciudad? ¿Escribo? Ah, sí, sobre pirámides. Pero no sobre pirámides circulares como pasteles. Escribo sobre enormes pirámides medio enterradas en la selva, apenas entrevistas y reclamadas por un mar verde... Cuando llegas al último escalón te asomas y del otro lado hay una pirámide idéntica donde alguien también te observa y dice: «Del otro lado hay una pirámide idéntica donde alguien te observa».

—¿Te duele? —pregunta la voz de ojos verdiazules.

—No, no sé... no siento nada. No me vas a dar mi Gatorade de naranja, ¿verdad? —alcanzo a decir con una voz que me prestó alguien, aunque no estoy segura quién. Quizás Ave. ¿Dónde quedó Ave? Estaba en la clínica conmigo, yo esperaba mi turno para legrado. Ah, sí, y entonces me desmayé y ella se asustó. ¿Pero eso nos habrá pasado a nosotras o me lo contaron? Porque a veces me cuentan cosas y termino confundiéndolas con mis recuerdos—. ¿Qué me pasó?

—¿No recuerdas? Pasaste a quirófano para la interrupción del embarazo. Te sedamos. Cuando íbamos a empezar el procedimiento vimos la hemorragia. Te tuvimos que despertar. Llevas muchas horas con una hemorragia interna. ¿No te dolió, cuando se rompió el embarazo? ¿No sentiste nada en tu casa o en el camino a la clínica?

Ahora entiendo. El tirón aquél por la madrugada. «En el tendón de Aquiles de la ciudad. ¿Te chingarón o te chingaste, princesa? Tendrán que pasar veinte años para que la trabe que entonces sólo se acodó...». ¿En qué se acodó? Ya se me olvidan mis poemas. ¿Qué más se me va a...? Uf, eso es algo más que un tirón. Me está jalando. O sepultando. O cerrando el montón de ojos que me crecen como escamas en el cuerpo. Un poco más suave, por favor. Se siente como arena, cada vez más húmeda y pesada. Haz algo, triple diosa. ¿Cómo era aquello? «Mictcacíhuatl, diosa poderosa, reina del Mictlán, haz florecer los campos para mí. Coatlicue, emperatriz de Tenochtitlan,

aquieta las aguas para mí, Tlaltecuhltli, diosa sabia, guardiana de la vida...».

Así, exacto. La arena se esponja con el calor. Y podré sacar la cabeza en algún momento. Soplando porque no puedo mover las manos. Así: soplo y se esparce, soplo y se esparce, soplo y se esparce. Cuando parpadeo también cae la arena. Al fin tengo la cabeza afuera. Y todo es rosado como un algodón de azúcar. Y al fondo, la Pirámide de la Luna. Al fin volví. Me da tanta hueva el camino a Teotihuacán que siempre dejo la visita para otro día. ¡Pero cuántos mayitos! Otra vez es primavera. Jamás había visto tan florida la calzada de los qué. Hasta da pena caminar sobre ella, aplastándolos. ¿Pero con qué voy a caminar si no he sacado ni el torso de la tierra? Así más o menos fue la primera vez que vine, aunque con muchas menos florecillas. Recuerdo que pensé: «Lo alucinante de Teotihuacán no es la pirámide del Sol, sino la de la Luna al final de la Calzada de los, ¿de los qué...?».

—¿De qué es la calzada?

—¡Eso! No te duermas. ¿Qué calzada? Vamos en Periférico. Ya casi llegamos. Por favor, no te duermas. Me prometiste que no te dormirías. Quédate despierta.

Pero mis párpados, como pétalos de piedra, se cierran por más que la voz con sus ganzúas diga y repita no te duermas, no te duermas, no te duermas.

Ahora ni siquiera tengo que soplar para ir retirando la arena. Floto ya por encima de los mayitos, pero a muy poca distancia del suelo. Si estiro los dedos de los pies, los puedo tocar. Son millones, tantos que cuando uno nace bajo los otros, empuja un tallo que sube haciendo ¡plop!, como un dardo mullidito y luego cae, provocando que los de abajo suelten un polen finísimo. ¡Plop! ¡Plop! ¡Plop!, se escucha por toda la calzada. Es tan divertido que... ¡No, no, no! Caigo en un tobogán lleno de cascabeles.

—Ya llegamos, te dije que ya estábamos cerca.

De golpe veinte manos me sacan de Teotihuacán. Veo el cielo unos momentos y luego los plafones blancos del techo.

Un par de manos me pone unas medias ajustadas. Tampoco es que tenga mucho frío, quiero decir. Otro me pone un termómetro, otro me revisa los ojos con una lámpara, otro la presión. Y ya no sé si seguirán saliendo mayitos en la Calzada de los Muertos. Eso es: la Calzada de los Muertos.

Acá las cosas tampoco andan muy bien. Hay trozos de tiempo que me arrancan como si fuera la ropa. Por ejemplo, no sé de dónde salió otra vez Ave. Dice que estamos en un hospital privado, que si llama a mis papás para que paguen la cuenta. ¿Pero qué le pasa? Tengo treinta y siete años. Alcanzo a decirle con una voz delgadita y pegosteosa que llame a Édgar Omar; que después me arreglo con él. Y le enseño con los dedos muy muy cansados (una especie de algas al final de mi mano) cómo desbloquear el celular. Aunque digan que no debo, a mí lo que me urge es dormir para recuperar fuerzas. Ave pregunta quién firmará mi ingreso a quirófano. Le quiero decir que yo, pero la voz no me da. Entonces, como los antiguos, me señalo con la mano guanga a mí misma. Me da el block con el papel y la pluma. Hago ahí la firma que tengo desde la secundaria: con un trazo que parece una ele en medio y una A mayúscula al final. Cuando me ve firmar respira aliviada. ¿Será que ella no escuchó cuando dijeron en la ambulancia: «Vamos a encender la sirena, pero es sólo para abrirnos camino»?

Otra vez me hundí en un cansancio pantanoso. De hecho, sólo despierto porque me pinchan una vena para sacarme sangre. Ave está recargada en una pared dándome la espalda. Se ve aún más alta frente a una doctora que debe tener mi altura, pocos años mayor que yo y unos ojos oscuros enmarcados en delineador. La mujer voltea a verme, pero no se da cuenta de que la observo con los párpados a media asta. Ese gesto. Ese gesto tan mexicano: los dientes muy cerrados pero los labios separados, y la cabeza negando un poco inclinada sobre el lado dominante del cuerpo. No es una negativa rotunda; es algo peor: significa «no te prometo nada». Si es chilanga de pura cepa Ave debe estar escuchando un seseo bajito y aspirado. Si es chilanga de pura cepa debe estar pensando que ya vengo

demasiado pandeada. Vaya, parece que no sólo encendieron la sirena de a mentiritas. Ya no tengo sed. Tampoco miedo. Al menos lo que siento no equivale a las enormes angustias por cosas estúpidas que he sentido en momentos mucho menos importantes de mi vida. Es como si no pudiera palpar con las emociones lo que me pasa y no me conmoviera por completo. O quizá estoy tan mal que ya no me funciona el chunche de la adrenalina.

Otra vez me quedé dormida. Y otra vez me despiertan, pero sin armar tanto dengue. Menos mal. Es cansado verlos a todos con los pelos de punta. Estoy en otra sala; no puedo ver nada porque estoy echada sobre mi espalda, pero se escucha menos trajín que en Emergencias. Me habla de nuevo el doctor/soga de los vivos de la ambulancia.

—Te voy a poner la ráquea. Te va a doler mucho, pero es importante que no te muevas... O te quedan secuelas.

Pero no me duele nada la ráquea. Quizá ya estoy muerta y nadie se ha dado cuenta.

Abro los ojos otra vez, ahora no hubo mayitos bajo los párpados. Los ojos de aguamarina se acercan. Que ahorita vienen por mí, van a ver si ya está listo el quirófano. Tengo que aguantar; sería una lástima morir viendo un techo de plafones blancos. ¿No debería estar recordando el día en que nací? Aunque debería decir: «los días en que nací». En algún lado leí que uno nace por partes: un día un ojo, otro una mano, al siguiente las vértebras en una sola exhalación serpentina... Aunque, en mi caso, más bien fui naciendo poco a poco, a través de un camino accidentado y de varios años. Porque para nacer tuve que arrebatarme al mundo lo que quería ocultarme y luego, sobre un lecho de roca volcánica detrás de una biblioteca, finalmente se iluminó el cerebro con valvas que tengo en...

—Ya, el quirófano está listo. Te voy a llevar.

—¿Me vas a operar así? —digo con una voz raquítica que no demuestra mi desconcierto.

Los ojos de agua caribeña se acercan para escucharme mejor, aunque ahora estoy segura de que este hombre sí sabe leer mentes.

—Te va a operar la cirujana, yo sólo te anestésio. Ya te puse la ráquea, ¿te acuerdas? Allá adentro te voy a poner «la general».

Quiero decir «ah, está bien», pero pierdo de nuevo aquellos antiguos instrumentos.